

XIII. MARIA MADRE

23 de Febrero de 1983

Muy queridos todos en SM:

Hemos iniciado un nuevo año y comienzo otra vez a escribirles. Ojeo las cartas anteriores y se despierta en mí un deseo grande de que la presente y las que sigan sean aun más en María y por María. Si las anteriores fueron como un catecismo de iniciación mariana contemplativa, éstas intentarán ser uno de perseverancia y continuidad.

Hagamos un poco de memoria

¿Recuerdan nuestra concepción de espiritualidad cristiana y los motivos por los cuales ella es constitutivamente mariana? Respecto a lo primero, les decía: *vida filial y fraterna en el Espíritu, por Cristo, hacia el Padre; vida acogida con fe, obrada en el amor y anticipada por la esperanza*. Y las razones por las que Dios quiso lo otro eran tres: *la maternidad, la mediación y la ejemplaridad* de María.

En otra oportunidad los invité a vivir una vida cristiana marianizada. Es decir: vivir para Jesús, en, por y con María, dado que ella es Madre, Mediadora y Modelo. Con palabras más nuestras podemos decir:

- En María, pues es nuestra Madre.
- Como María, porque es Mediadora y Modelo.
- Para Cristo, Hijo de ella y del Padre eterno.

Contemplemos hoy a *María Madre*. Su maternidad implica una doble relación: con Cristo y con nosotros. Si miramos bien, descubriremos asimismo su función mediadora y modélica.

1. MADRE DE DIOS

La afirmación capital es ésta: María es *Madre de Dios*. ¿No les parece algo tremendo? Una simple creatura, un pobre ser humano, es madre del Creador, del Ser infinito, de Dios, desde el momento en que él quiso hacerse hombre para morir por nosotros, pecadores.

En la revelación

La Sagrada Escritura nos lo dice de varias maneras. Si leemos con atención todos los títulos e imágenes referidos explícitamente a María en el relato de la anunciación y visitación (Lc. 1:26-56) podremos comprobar que todos ellos convergen en un único mensaje: en María se opera la visita final y definitiva de Dios a su pueblo, ella es la Madre del Mesías, la Madre de Dios. Por si alguno de ustedes desea estudiar este texto, le adelanto cuáles son los títulos e imágenes a fin de facilitarle la tarea, a saber: Hija de Sión, Madre del Salvador, Tabernáculo de Dios, Bendita, Madre del Señor; y también podemos agregar Llena de gracia, que no es título, sino nombre propio e íntimo de María.

Pero hay otros tres textos revelados que reclaman nuestra atención. Se los presento con un brevísimo comentario para que los contemplen con fe y amor:

- Según Gálatas 4:4, María es madre ("nacido de mujer") del Hijo de Dios ("envió Dios a su Hijo"). Notemos que en la palabra "envió" hay una referencia a la pre-existencia de Cristo.

- Si la doxología de Romanos 9:5 se refiere a Cristo y considero que sí, tenemos aquí también una referencia a la maternidad divina. El texto aludido dice así: "... de los cuales (es decir, los israelitas) procede Cristo según la carne (o sea, en cuanto hombre, lo cual implica una madre), que es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos".
- Todo lo que nos dice san Juan en el prólogo de su evangelio sobre la Palabra eterna que "se hizo carne" (1:14), sólo es comprensible con la existencia y mediación de una mujer, la "Madre de Jesús". (Jn. 2:1).

En la tradición

No es éste el momento de hacer desfilar a todos los testigos de la tradición y el magisterio. Baste señalar que el pueblo fiel confesaba, ya desde el siglo III o IV, a María como Madre de Dios al orar; "Bajo tu amparo nos refugiamos, ¡oh Madre de Dios!; no desprecies nuestras súplicas en la necesidad, sino líbranos del peligro, sola pura, sola bendita".

Pero será sólo en el año 431, durante el III Concilio Ecuménico que tuvo lugar en Efeso, que la Iglesia reconoció oficialmente a la Virgen María el título de Madre de Dios. Con esta definición dogmática se afirma como divinamente revelado que *María es Madre de Dios por haber engendrado según la carne a un hijo que era personalmente el Verbo de Dios.*

Hace poco celebramos el 1.550 aniversario del Concilio de Efeso. Aún resuenan en mis oídos las palabras del papa Juan Pablo II, convaleciente del atentado de aquel 13 de mayo, que calaban hondamente la basílica de Santa María la Mayor:

"La obra más espléndida realizada por el Espíritu Santo..., la obra más perfecta en la historia de la creación y de la salvación, está constituida contemporáneamente por el hecho de que el Hijo de Dios, de la misma substancia que el Padre eterno, se ha hecho hombre, y que María de Nazaret, la esclava del Señor, de la estirpe de David, se ha convertido en la verdadera Madre de Dios" (alocución del 7-VI-81).

El sentido de una afirmación

Afirmado el hecho, indaguemos ahora su sentido. Decir que María es Madre de Dios no significa por cierto, que Jesús es Dios por haber sido engendrado por María. Si esto fuera así, ya no estaríamos ante un misterio, sino ante un absurdo: una creatura humana nunca puede ser madre de la naturaleza divina. El sentido correcto del misterio es éste: María es Madre de Dios pues, de su propia carne, comunicó al Verbo eterno de Dios una naturaleza humana igual a la nuestra.

Pero entonces, ¿es María solamente madre del cuerpo de Jesucristo? ¡No! Así como en cualquier generación humana ordinaria la acción de los padres no tiene por fin la naturaleza producida, sino la persona que subsiste de dicha naturaleza, de igual modo la acción materna alcanza y tiene por término a la persona del Verbo.

No sé si me han comprendido. Quizás se aclare el asunto si les explico qué se entiende por *naturaleza y persona*.

La *naturaleza* es la *esencia* de algo, designa a la cosa, responde a la pregunta ¿qué es? La *persona*, por el contrario, señala al *sujeto*, designa al "yo", responde al interrogante ¿quién es? La naturaleza humana está a disposición de la persona y le sirve de instrumento; la persona es el sujeto de operación, y para obrar se vale de la naturaleza; la persona conoce y ama gracias a las facultades intelectual y volitiva de la naturaleza humana... ¡Ay, ya veo las caras que me están poniendo! ¡No están estos tiempos para filosofar! Apelo entonces a la intuición: cuando estrechamos la mano de alguien en señal de saludo, ¿saludo a la mano o a la persona a quien pertenece dicha mano? mi madre, ¿es sólo madre de mi cuerpo o es madre de Bernardo?

Por consiguiente, María es madre divina pues de ella nace el Hijo de Dios. Pero su maternidad es también divina *por la causa* de la misma: el Espíritu Santo. Los evangelios nos lo dicen con sublime delicadeza: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc. 1:35); "se encontró encinta por obra del Espíritu Santo" (Mt. 1:18). Estos textos nos enseñan que el Espíritu Santo, que ya había asumido y divinizado a María haciéndola Inmaculada desde el primer instante de su existencia, asume ahora esponsalmente su capacidad materna y "por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios". (Lc. 1:35).

Alguno preguntará todavía: ¿cómo sucedió aquello, cómo fue concebido Jesucristo de María Virgen por obra del Espíritu Santo? Yo no lo sé, nadie lo sabe, sólo se concedió saberlo a quien sólo se concedió vivirlo. Lo más que puedo decirles es esto: el Espíritu tornó fecunda la virginidad de María haciéndola madre y guardándola virgen. O esto otro que le escuché a San Luis María, el Santo de Monfort:

"El Espíritu Santo, por intermedio de la Santísima Virgen, de la cual quiere servirse, a pesar de no haber tenido de ella necesidad absoluta, redujo al acto su fecundidad, produciendo en ella y por ella a Jesucristo y a sus miembros" (*Tratado de la verdadera devoción*, 21).

Es decir, que el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, actuó su divina fecundidad, o sea su Amor, en María y Dios nació de ella. Cuando María fue humanamente capaz de ser mamá, el Espíritu obró y el Hijo se engendró.

María, de la familia de Dios

Pero no solamente nació *de* María, sino también *por* María. En efecto, Dios predestinó y creo a María Inmaculada de manera tal que hubiese en ella como una conveniencia, orientación o inclinación intrínseca hacia la maternidad divina. La Inmaculada fue conformada al Espíritu Santo desde el primer instante de su concepción, a fin de poder ser Madre de Dios.

Pero atención, la Virgen Inmaculada es un instrumento personal, consciente y libre en las manos de Dios; su respuesta de amor al anuncio divino fue tan perfecta que la hizo Madre de Dios. Todo el ser de la Inmaculada Concepción estuvo ordenado a la acogida fiel y amorosa del Hijo de Dios en sus propias entrañas. Dios la amó tan infinitamente y ella respondió tan acabadamente a dicho amor que de esa unión no podía nacer sino el mismo Dios (cf. Lc. 1:26-38).

A partir de aquel momento María entabló con Dios una relación totalmente única y original; relación para la cual ella había sido predestinada y plasmada desde siempre. Entre todas las creaturas María es la que tiene más afinidad con Dios, pues llegó con su maternidad hasta los confines de la divinidad. Recordemos aquello que nos decía hace ya años el papa Pío XII: "María está misteriosamente emparentada, en el orden de la encarnación, con toda la Trinidad Santísima" (radiomensaje del 13-V-46). Es que María es "toda relativa a Dios y relación de Dios, pues sólo existe con respecto a él" (San Luis María Grignon de Monfort, *Tratado de la verdadera devoción*, 225; cf. Pablo VI, *Marialis cultus*, 25). Y si la maternidad establece una relación de origen respecto a la filiación, entonces nos atrevemos a decir que Dios es también relación de María.

Madre, verdaderamente Madre (nos lo recuerda José)

Mientras estoy escribiendo todo esto se me presenta San José. Por voluntad expresa y manifiesta de Dios (cf. Mt. 1:18-25), mediante su matrimonio con María y gracias a la maternidad virginal de ella, llegó a ser padre virgen de Dios. El amor paterno de José, regalo divino enraizado en el amor esponsal, tocaba y configuraba al mismo Dios, hecho niño, adolescente, joven y adulto.

Les decía hace un momento: se presenta San José; tengo que agregar ahora: al igual que vino, se fue. Pero me dejó un sabio consejo: agregar una media palabra sobre la *realidad humana* en la que se asienta la gracia divina.

Nada debe quitar realismo a la maternidad de María. Junto a los procesos biológicos y fisiológicos y más allá de ellos, esta maternidad, como la de cualquier otra mujer, estaba cargada de emotividad y espiritualidad. María experimentó en forma inigualable todo el contenido de la palabra *mamá*: amor, acogida, impulso de ternura y cuidado... Lo experimentó y lo sigue experimentando aún hoy, pues la maternidad no se reduce a una fase de la vida, sino que es una relación que trasciende el tiempo y el espacio y que abraza todas las dimensiones de la existencia.

Si la persona humana se plenifica en la relación y el encuentro fecundo, si la mujer se siente plena y realizada cuando es esposa y madre, ¡qué plenitud habrá alcanzado María, relacionada esponsal y maternalmente con el mismísimo Dios!

Y de esta plenitud relacional de María se desprende su relación maternal con cada uno de nosotros. La esponsalidad de María con el Espíritu y su maternidad divina se expanden y llegan hasta nosotros que somos la extensión de Cristo. Al igual que engendró a Cristo por obra del Espíritu, lo sigue engendrando ahora en unión con el mismo Espíritu en cada uno de los cristianos, por eso podemos llamarla con todo derecho *Madre nuestra* en el orden de la gracia.

2. MADRE DE LOS HOMBRES

Madre nuestra

Y con esto estamos ya en la segunda parte de nuestra carta, en el segundo aspecto que nos proponíamos contemplar. Si la maternidad divina fue fruto maduro en el Concilio de Efeso, otro tanto podemos decir acerca de la maternidad espiritual en relación con el Concilio Vaticano II. Con el título de Madre de los hombres o de los fieles, el Concilio sintetiza y abarca todos los aspectos de la actividad y los sentimientos de María en favor nuestro, incluida la corredención en el Calvario y la mediación de todas las gracias desde el cielo. Este nombre, Madre nuestra, tan entrañable al pueblo cristiano, es repetido como un estribillo con melódicas variaciones a lo largo de todo el capítulo VIII de la Constitución sobre la Iglesia. Se comprende entonces que sigamos de cerca los pasos de nuestros pastores.

Nos encontramos una vez más ante misterios insondables para contemplar y comunicar. ¡Qué pequeños nos sentimos cuando nos acercamos a lo grande y cuántas veces esquivamos lo grande para no sentirnos pequeños! Le pido al Señor humildad, que es verdad reconocida y abrazada, para poder contemplar a nuestra Madre y compartirles sus secretos.

Comienzo con una profesión de fe, me valgo para ello de las palabras del apóstol Pablo: ¡Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos! (I Tim. 2:5-6). ¿Cuál es el sentido de esta profesión? Pues, el siguiente: no hay bajo el cielo otro camino por el que nosotros podamos salvarnos más que Cristo Jesús; el Padre ha centrado en Cristo todo su designio de amor redentor (cf. Hech. 4:12; Ef. 1:10).

Habiendo confesado lo precedente, con tanta claridad como he podido, se impone responder ahora a esta pregunta: la *única* mediación de Cristo, ¿suprime la colaboración de *otros* mediadores? Debo responder que *no*. En caso contrario no se entiende por qué Jesús envía a sus discípulos al igual que el Padre lo envió a él (cf. Jn. 20:21; Mt. 28:18-20); y San Pablo estaría hablando de más cuando se denomina a sí mismo y a sus compañeros "colaboradores de Dios" (I Cor. 3:9). Pero entendámonos bien, la única mediación de Cristo no admite mediaciones paralelas o colaterales, aunque no excluye mediaciones subordinadas o dependientes. De hecho, estas últimas ponen de manifiesto la suprema eficacia y la superabundancia de los méritos de Cristo.

"Así como el sacerdocio de Cristo es participado de varias maneras, tanto por los ministros como por el pueblo fiel, y así como la única bondad de Dios, se difunde realmente en formas

distintas en las criaturas, así también, la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única" (*Lumen Gentium*, 62).

Supongo que entendemos lo que el Concilio nos está diciendo. Valga, no obstante, este otro par de comparaciones para mayor esclarecimiento. Pregunto a quienes saben contemplar las criaturas de Dios: el hecho de que haya tantísimas mujeres hermosas, ¿va en detrimento de la belleza divina o es más bien índice de la hermosura suprema del Creador? Hablo ahora para quienes gustan pensar: las causas segundas no añaden ni quitan nada a la causa primera; manifiestan más bien su grandeza, pues nos permiten captar la capacidad que ella tiene de compartir su poder; y tampoco atentan contra su unidad, pues las causas segundas, aunque son causas, no son primeras.

Por consiguiente, la función materna de María con respecto a nosotros se ha de entender bajo la luz y en el contexto de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres, María, Madre de Dios e inmaculada Esposa del Espíritu, sólo obra maternal y salvíficamente en Cristo y su Espíritu Santo.

María, Mediadora en el Mediador único.

Si San Pablo, en quien Cristo vivía y el Espíritu actuaba, ayudaba hasta con dolores de parto al nacimiento de Cristo en los demás (cf. Gál. 4:19); si marido y mujer, unidos sacramentalmente en Cristo, son mediadores de gracia el uno para el otro; si el agua es capaz de mediar la gracia bautismal...; si todo esto es así, ¿qué no podrá hacer María! Relacionada con la Trinidad como ninguno participa y coopera con ella como nadie. La gracia que salva y nos hace salvadores actuó en María en forma inmaculada desde su concepción, haciéndola así colaboradora innata con Cristo salvador y el Espíritu santificador.

Sin añadir ni quitar nada al único Mediador, y en consonancia con la lógica de la encarnación, María impregna de ternura y cordialidad materna la obra de su Hijo, manifestando así la femineidad del Espíritu.

Es decir que no hay ninguna contradicción entre Cristo Mediador y su Espíritu Santo y la *Madre Mediadora* e inmaculada. Y esto por una sencillísima razón: hay subordinación. El influjo salvífico de María en nuestro favor nace del divino beneplácito, fluye de la abundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación; de ésta depende totalmente y de ésta nace todo su poder. Y aún más, cuando María obra, su acción es totalmente divina, pues "nunca tuvo impresa en su alma forma de alguna criatura ni por ella se movió, sino siempre fue por el Espíritu Santo" (San Juan de la Cruz, *Subida*, III, II:10).

Por lo tanto siendo Mediadora en el Mediador, María no impide la unión inmediata del creyente con Cristo; todo lo contrario, la fomenta, pues lo propio de cualquier mediador es precisamente unir. ¿Acaso el niño que para besar a su padre es alzado por su madre no besa directamente a su padre? Las lentes de un telescopio, ¿imposibilitan o facilitan la visión del astro lejano? Estar en Buenos Aires, ¿me impide estar en la Argentina? María es como un ojo, no está hecho para verse a sí mismo, sino para unirnos con el objeto visto. Y dejo las comparaciones, pues no hay ninguna que se compare a la realidad.

Madre de la Iglesia

Ahora sí puedo hacer ya una segunda profesión de fe: Creo que la inmaculada Madre de Dios, singularmente asociada y consagrada a la persona y obra de su Hijo, es también *Madre de la Iglesia*. Como Madre mediadora, llena del Espíritu de Jesucristo, contribuye a engendrar y aumentar la vida divina en cada uno de los redimidos (cf. Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 15; *Lumen gentium*, 56, 61).

Esta última confesión se basa en la revelación, es parte constitutiva del misterio de salvación, y reclama por lo mismo el asentimiento de nuestra fe (cf. Pablo VI, *Signum magnum*,). La Iglesia, además, enseñada por el Espíritu Santo, ha experimentado desde siempre el oficio materno y la mediación de María que nos une más íntimamente en el Espíritu a Jesucristo salvador (cf. *Lumen*

gentium, 53, 62). Y para dar testimonio de esta experiencia de fe aparecen una nube de testigos, entre ellos: San Alfonso María de Ligorio, San Gabriel de la Dolorosa, Santa Teresita del Niño Jesús... y muchos otros.

Y los santuarios marianos, ¿no son acaso un hogar familiar, un lugar de encuentro con la Madre y los hermanos? No conozco a nadie que haya estado en Tepeyac y no haya oído en el silbo del viento entre las rosas la voz de Guadalupe diciendo: "Hijito mío, no te turbes, no temas. ¿No soy yo tu Madre? ¿No te he colocado en mi regazo maternal? ¿Necesitas algo más?"

Sí, Madre nuestra, ¿Pero cómo?

Y dado que la fe, si bien trasciende la razón es, no obstante, razonable, quisiera presentarles ahora las razones y explicarles por qué María es nuestra Madre.

Presuponiendo el hecho de la predestinación y voluntad de Dios, hay que decir, ante todo, que *María es Madre nuestra en su misma realidad de Madre de Dios*. Leyendo entre líneas y sondeando las corrientes profundas que vivifican el texto conciliar, podemos fundamentar esta afirmación de la siguiente manera:

- La maternidad divina implica la maternidad espiritual; ser Madre del Salvador es ser ya Madre de los salvados; si la encarnación se ordena a la salvación, también se ordena a ella la maternidad encarnadora: "Envió a su Hijo, nacido de mujer..., para que recibiéramos la adopción de hijos (Gál. 4:4-5; cf. numerosos padres tanto de Occidente como de Oriente; Pío XI, *Lux Veritatis*).
- María dió a luz al Hijo, a quien Dios constituyó Cabeza y Primogénito entre muchos hermanos, y, dado que nosotros somos hermanos y Cuerpo místico de Cristo, María es Madre nuestra por ser Madre de Cristo (cf. Rom. 8:29; 12:15; San Agustín, *Sobre la virginidad*, 6; San Pío X, *Ad diem illum*, 5; Pío XII, *Mystici Corporis*, epílogo).
- Si la muerte vino por Eva, y por María la vida, entonces María es la Nueva Eva o Madre de los vivientes... (cf. Gén. 3:15; San Justino, San Irineo, San Jerónimo, San Agustín y tantísimos otros padres de la Iglesia).
- El místico matrimonio entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, que tuvo lugar en el momento de la encarnación, es efecto de la acción maternal de María; de aquí que María no sólo proporciona la naturaleza humana al Hijo de Dios, sino que también le incorpora la humanidad para que ésta sea divinamente vivificada (cf. Ef. 5: 23-32; Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, III, 30, 1; Pío XII, *Mistici Corporis*, epílogo).

En segundo lugar, y acá está la originalidad del Concilio, María es nuestra Madre porque se unió con la persona y la obra del Salvador mediante la fe, esperanza y caridad. La *Lumen gentium* lo dice así:

"Cooperó en forma del todo singular por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia" (*Lumen gentium*, 61; cf. 56, 63).

Es decir que las obras virtuosas que fluían de la gracia inmaculada de María tenían un valor salvífico para todos y cada uno de nosotros, la hacían crecer a ella y cooperaban con Jesús en nuestra salvación. En efecto, si el ser de la Inmaculada está ordenado a la maternidad divina y consecuentemente a la maternidad de la gracia, su hacer actualizaba dicha ordenación. Sus virtudes cooperaban y nos engendraban a la nueva vida, pues eran virtudes de Madre; dado que su gracia maternal, su vida divina pertenece a sus hijos.

Todas las acciones de la vida terrena de María eran una actuación

de su doble maternidad; eran corredentoras por estar asociadas a las acciones redentoras de su Hijo y por estar plenamente inspiradas por el Espíritu Santo. Y entre todas estas acciones, el Concilio se detiene sobre todo en dos: la respuesta de María al ángel anunciante y su presencia junto a Cristo en el Calvario.

Madre nuestra en la encarnación de Cristo

El día de la anunciación en Nazaret, María es saludada con su nombre más propio: Llena de gracia. Y ella responde desde la plenitud de su ser inmaculado: ¡Hágase! Aceptando con fe la palabra divina, fue hecha Madre del Salvador en su corazón y en su seno; obedeciendo, fue causa de la salvación propia y de todo género humano (cf. *Lumen gentium*, 56).

Hace algunos años, más de quince, leí un texto de San Bernardo en sus *Alabanzas de la Virgen Madre*, que me conmovió e iluminó el corazón. Se lo comparto sin más explicaciones con la esperanza de que también los conmueva e ilumine a ustedes.

"Oíste que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo de que se vuelva al que lo envió. Esperamos también nosotros, Señora, esta palabra de misericordia... Mira que se pone en tus manos el precio de nuestra salud; inmediatamente seremos liberados si consientes... Virgen, da pronto tu respuesta. Señora, responde aquella palabra que esperan la tierra, el infierno y también los ciudadanos del cielo. El mismo Rey y Señor de todos, cuanto deseó tu hermosura tanto desea ahora la respuesta de tu consentimiento, en la cual, sin duda, se ha propuesto salvar el mundo... Si le haces oír tu voz, te hará ver nuestra salud... Cree, di que sí y recibe... Abre el corazón a la fe, Virgen bienaventurada, los labios al consentimiento, las entrañas al Creador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta... ¡Levántate, corre, abre! Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento" (IV:8).

Madre nuestra corredentora junto a la cruz

Avanzando en la peregrinación de la fe llega María al pie de la cruz el día del Calvario. Ese día el Hijo y su Madre padecieron juntos. Ese día María:

- Se condolió vehementemente con su Hijo único.
- Se asoció con corazón maternal a su sacrificio.
- Consintió amorosamente en la inmolación de la víctima por ella misma engendrada.
- Y, en consecuencia, Jesús moribundo nos la dio por Madre diciéndole: "¡Mujer, he ahí a tu hijo!" (Jn. 19:26; *Lumen gentium*, 58).

Se condolió, dice el texto, y lo dice todo. No que María se haya sólo compadecido de Jesús clavado en la cruz, sino que padeció con él: la pasión fue com-pasión. Sufrió hasta tal extremo que con-murió con su Hijo crucificado y moribundo de tal manera, que podemos decir que redimió al género humano junto con Cristo (cf. Benedicto XV, *Inter sodalicia*; León XIII, *Lucunda semper*).

El día del Calvario una espada "traspasó" las entrañas más íntimas de María (Lc. 2:35), y ella completó así en su cuerpo, sostenido por el Espíritu (cf. Pablo VI, *Marialis cultus* 26), los dolores salvíficos que aún faltaban al Cuerpo místico de Cristo (cf. Col. 1:24).

Todo el que entienda el dolor de una madre por la pérdida de un hijo podrá comprender que la cruz le quitó a María un pedazo de su corazón, le desgarró la médula del alma. ¡María nos engendró

con dolor, dolor como ninguna madre ha sufrido en el nacimiento de ningún hijo! El terrible precio de nuestro alumbramiento nos hace valorar más encarecidamente a nuestra Madre. No se trata de caer en dolorismos infecundos y sentimentales, sino de acordarnos siempre que fuimos rescatados a precio de sangre (cf. Ef. 1:7; I Ped. 1:18-19).

Se asoció y consintió, como ya lo había hecho en Nazaret, ofreciendo a su Hijo como Hostia al Padre, sacrificando conjuntamente el amor y los derechos maternos, en favor de todos nosotros (cf. Pío XI, *Miseretissimus Redemptor*; Pío XII *Mystici Corporis*).

Y fue así proclamada, por un nuevo motivo de dolor y de gloria, Madre de los miembros de Cristo. Madre nuestra, en efecto, pues las palabras de Jesús dirigidas al discípulo Juan están dirigidas a todos los hombres, especialmente a aquellos que habían de estar ligados por los lazos de la fe (cf. León XIII, *Adiutricem populi*, 4; Pablo VI, *Signum magnum*, 6).

La Dolorosa es Nuestra Señora de la Compasión, La Virgen de la Piedad y la Esperanza, La Madre de Misericordia y Corredentora de los hombres. Este último título, que no ha sido utilizado por el Concilio tiene tras de sí toda una tradición patristica y magisterial. Su sentido no es otro que éste: cooperadora directa y personal, subordinada al Redentor en la obra de la redención. Podemos poner en duda la oportunidad del mismo, pero sería temerario negar su legitimidad.

Y de esta manera María nos concibió espiritualmente en Nazaret, al concebir físicamente a Cristo, y nos dio a luz en el Calvario por su compasión maternal. El "hágase" de la anunciación fue consumado junto a la cruz. La Madre del Crucificado y Resucitado, habiendo experimentado la misericordia divina de modo excepcional, "merece de igual manera tal misericordia a lo largo de toda su vida terrena y en particular a los pies de la cruz de su Hijo" (Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 9).

Mediadora de toda gracia

Luego del Calvario encontramos a María en el Cenáculo, el día de Pentecostés, implorando el don del Espíritu para la Iglesia naciente. Finalmente, la Madre inmaculada fue asunta a los cielos en cuerpo y alma para que se asemejara más plenamente a su Hijo. Y allí está, unida a él con lazo indisoluble, configurada al Resucitado (cf. *Lumen gentium*, 59; *Sacrosanctum Concilium*, 103; Pablo VI, *Marialis cultus*, 6).

Pero la historia no concluye aquí. María no es un personaje del pasado, sino de ayer, de hoy y de siempre; su maternidad trasciende el tiempo y el espacio; su "sí" a Dios Perdura hasta la "consumación perfecta de todos los elegidos" (*Lumen gentium*, 62); su función maternal de cooperadora en el nacimiento y desarrollo, engendrando y aumentando la vida divina en cada uno de nosotros, continúa hasta el fin de los tiempos (cf. Pablo VI, *Signum magnum*, 6; *Credo del Pueblo de Dios*, 15).

¡María inmaculada y asunta no está en los cielos de brazos cruzados! Todo lo contrario. Los brazos de María están extendidos hacia la tierra, como lo muestra la Medalla milagrosa, y de ellos descienden gracias divinas, pues Dios quiere que todos sus dones pasen por las manos de ella, según nos lo enseña el magisterio común de la Iglesia.

Esta acción materna de María, Mediadora de todas las gracias de salvación y santificación, en cuya adquisición colaboró, es un hecho incontestable. El influjo de María en la Iglesia actual es una "realidad sobrenatural operante y fecunda" que penetra en lo más profundo de los corazones (Pablo VI, *Marialis cultus*, 57; cf. Pío XII, alocución del 1-XI-54).

Disipemos los interrogantes...

Quizás nuestras cabecitas se pregunten cómo obra María desde el cielo en favor nuestro. Yo me lo he preguntado infinidad de veces, les comparto las respuestas que me he ido dando, haciendo pie en la doctrina revelada y la explicitación de los Padres, Papas y teólogos.

- María participa activamente en nuestra liturgia, que es ejercicio del sacerdocio de Cristo en unión con su Iglesia, como Madre sacerdotal unida al sumo y eterno Sacerdote (cf. Heb. 7:24-25). Ella es, por consiguiente, Mediadora de la gracia sacramental, sobre todo de la gracia eucarística, que actualiza el misterio pascual del Hijo y de la Madre. Si la Iglesia vive de la eucaristía y María es nuestra Madre pues nos da la vida, ha de haber una estrecha relación entre la eucaristía y María. Nuestra participación en el sacrificio y banquete eucarístico es la principal manifestación de la actuación materna de María; mediante la comunión con el Cuerpo de su Hijo, ella nos engendra como Iglesia o Cuerpo de Cristo.
- Como Madre inmaculada, llena del Espíritu santificador y vivificador, María está unida al mismo en todas sus acciones, implorándolas, preparándolas y actuando en él, por él y con él. Las obras del Espíritu Santo son siempre cristianas y marianas y, por esto último, solícitamente maternas. María es, en el Espíritu, Abogada, Socorro y Auxiliadora nuestra. Y ¿hace falta recordarles que el Espíritu obra principalmente en la eucaristía, dado que la eucaristía actualiza la pascua y el Espíritu es el don del Cristo pascual?
- Digamos también que María intercede ante el Padre por nosotros, con ardiente caridad maternal y en comunión con Jesucristo (cf. Heb. 7:25) contemplando nuestras necesidades en su visión de la divina providencia. Pide conociendo lo que Dios quiere que pida, y por eso Dios se lo concede; su voluntad es la voluntad de Dios, y en consecuencia su súplica es omnipotente.
- Y podría aún agregar esto otro: María obra en nosotros presentándose como modelo refulgente de virtudes evangélicas que arrastran a la imitación.

Celebremos como hijos las fiestas de nuestra Madre

Y ya esta carta es larga por demás. Me hizo un inmenso bien el escribirla; quiera Dios les haga otro tanto leerla. Deseaba darles razón de mi esperanza. Meses atrás llegó a mis manos una estampa recordatorio de mi bautismo; bajo una imagen vulgar –la Virgen cubriendo con su manto a un bebito en su cuna– figuraba esta piadosa leyenda: "Oh María, derrama tus gracias sobre aquellos que amamos". ¿Es necesario agregar algún comentario?

Espero, además, que todo lo que acabo de escribirles, mirando a María, les ayude a entender por qué Pablo VI la proclamó Madre de la Iglesia aquel inolvidable 21 de noviembre de 1964 al clausurar la tercera sesión del Concilio. Y por qué el Papa actual, Juan Pablo II, no se cansa de señalar la presencia maternal de María en medio de la Iglesia.

¿Cómo retribuiremos al Señor un bien tan grande? Démosle gloria y recibamos su salvación celebrando con afecto de piedad filial estas fiestas litúrgicas de su Madre:

- Madre de Dios (1° de enero)
- Anunciación del Señor (25 de marzo).
- Madre de la Iglesia (primer lunes después de Pentecostés).
- Nuestra Señora de los Dolores (15 de septiembre).
- Medianera de todas las gracias (7 de noviembre).

Y esto es todo. Presiento que la amplitud de esta carta creará precedentes para alguna otra que le siga. Confío, por lo demás, que nuestra Madre mediará las gracias y será modelo de los temas que

viviremos juntos de ahora en adelante. Si el pasado fue en ella, que el futuro sea también en ella y como ella.

Con un abrazo grande en María de San José.

Bernardo